

LA LUZ DEL PORVENIR.

Precios de Suscripcion.

Barcelona un trimestre adelantado una peseta, fuera de Barcelona un año id. 4 pesetas. Estranjero y Ultramar un año id. 8 pesetas.

REDACCION Y ADMINISTRACION

Plaza del Sol 5, bajos, y calle del Cañon 9, principal.

SE PUBLICA LOS JUEVES

Puntos de Suscripcion.

En Lérida, Mayor 81, 2.º En Madrid, Valverde 24, principal derecha. En Alicante, San Francisco, 28, imprenta

SUMARIO.—No hay efecto sin causa.—Dos confesiones.—Influencia de la educacion.

NO HAY EFECTO SIN CAUSA.

Es verdad, el acaso no existe, la casualidad es uno de los muchos mitos al cual le ha dado forma la ignorancia; no hay sonrisa que no tenga su historia, no hay presentimiento que no tenga su comprobacion, no hay alegría que no tenga su ayer, no hay simpatía que no brote entre la semilla de los recuerdos. Y para probar que es cierto lo que decimos, vamos á referir lo que últimamente nos ha sucedido, por más que al referirlo, nuestro amor propio se resienta algun tanto, pero en aras de la verdad, deben sacrificarse todas las apariencias que á la simple vista puedan favorecernos. Nosotros escribimos para enseñar, ya que las condiciones de nuestra vida no nos permiten ser útiles á nuestros semejantes, más que haciéndoles partícipes de nuestras inspiraciones, no debemos ocultarles ni un solo pensamiento, siempre que éste encierre una enseñanza benéfica.

Ya hemos dicho á nuestros lectores en otros artículos, que nos gusta levantarnos muy temprano, somos de los que dicen que la noche se ha hecho para dormir y el dia para trabajar, así es que nos acostamos como las gallinas, y nos levantamos como los gallos, cuando el alba engalana el horizonte con su manto de púrpura y armiño.

Hace unos cuantos dias, que al estarnos vistiendo una mañana, sentimos voces á lo léjos que entonaban con buen estilo cantos populares; maquinalmente nos acercamos al balcon de nuestro cuarto para oír mejor, y pudimos notar por el timbre argentino de las voces que eran jóvenes los que cantaban, sin saber por que estuvimos escuchando, hasta que se perdió la última vibracion, y todo nuestro ser experimentó un inexplicable bienestar. Dos dias despues volvimos á escuchar el mismo canto, abrimos las puertas del balcon y nos asomamos á ver quienes eran los que cantaban, y vimos que eran dos hombres que iban dentro de un carro, tirado por un caballo que corria con la velocidad del deseo.

Los estuvimos mirando hasta que los perdimos de vista, y nuestra alma sin duda se sonrió porque tuvimos toda la mañana más alegría que de costumbre.

Ayer volvieron á pasar cantando del mismo modo, y corrimos con afán para verlos y escucharlos, y apesar que todo el dia estuvimos escribiendo, el recuerdo de aquellos dos hombres de quienes no conocíamos más que la voz, pues su rostro no llegamos á verlo: su recuerdo repetimos, no se borró de nuestra mente, y algo risueño, puro y agradable nos hacia sonreír: estábamos contentos, satisfechos, y aumentaba nuestra satisfaccion al fijarnos más y más en aquellos dos hijos del pueblo que sin duda se dirijen á su trabajo cantando alegremente.

La insistencia con que nuestra memoria se consagraba á ellos, nos llegó á llamar seriamente la atencion, porque al parecer no habia asunto para tanto, si bien sus voces son armoniosas, para cantar canciones vulgares que nada dicen al corazon, y sin embargo, encontraron tanto eco en nuestra mente, que desde la primera vez que las oimos, sentimos un placer inexplicable al escucharlas y al recordarlas. Si todo tiene su razon de sér, ¿ por qué razon las voces de esos dos hombres nos conmueven ?

Cuando dejamos de escribir, en esa hora, en esa hora en que la naturaleza se entrega al reposo, y oran las almas que sienten, en esos momentos que los recuerdos vienen como las golondrinas á buscar su nido en la mente del hombre, nosotros nos entregamos de lleno á nuestras reflexiones, y dijimos:—No hay efecto sin causa, sin duda esos dos séres, esos dos hijos del trabajo, serán quizá nuestros más antiguos amigos quién sabe!..... ningun sér en la tierra nos ha producido tan agradable sensacion.

«No es extraño, nos dijo un espíritu, esos dos hombres cuyas voces te encantan y te atraen, han sido para tí un puerto de salvacion en una de tus borrascosas encarnaciones, y ellos fueron los únicos á quienes tú amaste y respetaste en aquella existencia consagrada á la crápula y al libertinaje.»

«Á grandes rasgos voy á contarte del modo que los conociste, para que veas que despues de luengos siglos la única buena accion que tuviste en aquella existencia, aun te envia su embriagador perfume, aun su recuerdo te hace sonreir inconscientemente. ¡Tienes tan poco bueno que recordar!...

«Hace muchos siglos que viniste á la tierra con una sola aspiracion, gozar sin tasa de los torpes placeres de la concupiscencia, pertenecias al sexo fuerte, pero fuiste bien débil por que te dominaron tus pasiones, eras apuesto, de gentil talante, amigo de pendencias; sosteniendo rencillas con todos tus compañeros de orgía; de no escasa inteligencia, pero que en aquel entonces era para tí un artículo de lujo, la derrochaste sin guardar para tu provecho la mas mínima parte.»

«¡Quién te habia de decir entonces que habias de volver á la tierra sediento de justicia, hambriendo de ciencia, desnudo de sabiduría! ¡Pobre espíritu! ¡cuán léjos podias estar del mundo que hoy habitas si hubieras aprovechado mejor tu tiempo! Hoy recojes afanoso las migajas que te arrojan tus compañeros de otros dias... hoy cres un mendigo del saber... ¡justo es que viva en la mendicidad quién malgastó sin miedo sus riquezas!»

«Pues bien, en una de tus desordenadas existencias, por vengar ciertos agravios, agravios que tu mismo te atraías, tuviste un duelo con uno de los altos dignatarios del Estado, al cual en buena lid le diste muerte, y sus parciales queriendo vengar á su señor se arrojaron sobre tí, te venció el número, te acribillaron de heridas, y te dejaron á la orilla del mar creyendo que habian cortado el hilo de tus dias. Y fácil era de creer, por que tu sangre habia enrojecido la arena, tu cuerpo hecho pedazos reposaba inerte esperando una mano compasiva que le diera sepultura.»

«Muchas horas estuviste siendo juguete de las olas que te cubrian de espuma, como si más compasivas que los hombres quisieran lavar tu rostro ensangrentado. Ya el sol se escondia al parecer entre las aguas, cuando varias barcas pescadoras atracaron á la orilla, y algunos hombres saltaron á tierra á algunas brazas de distancia de la planicie en que tú te encontrabas.»

«En aquella época de continuas revueltas políticas era muy comprometido hacerse cargo de un hombre en el triste estado que tu te encontrabas, así es, que hombres, mujeres y niños pasaron cerca de tí, mirándote con recelo, y haciendo la señal de la cruz como si quisieran librarse de algun maleficio, sin atreverse á prestarte ningun auxilio; hasta que le tocó el turno á un jóven y forrado pescador, que en cuanto te vió se inclinó para mirarte diciendo:—¡Qué lástima! ¡pobre mozo!—Déjale que es un

señor, le dijo un viejo que venia tras él, pero tu salvador sin hacer caso de su advertencia, te cojió entre sus brazos como el que coje á un niño y te llevó á su humilde morada, donde una mujer jóven y muy bella le esperaba anhelante; la que al verle con tan triste carga le ayudó á sostenerla, te colocaron en su pobre lecho, y durante dos meses te cuidaron con el mayor esmero. Cuando él se iba á su trabajo sus últimas palabras era encargarle á su compañera que no te dejara solo ni un momento, por que tú en el delirio de la calentura querias levantarte, y el menor movimiento empeoraba tus mal cerradas heridas, y la hermosa jóven cumplia fielmente el noble deseo de su marido cuidándote con la ternura de una madre.

«Tú que no conocias los goces de la familia, ni habias respetado el santuario del hogar doméstico, al lado de aquella mujer inocente y sencilla te encontrabas tímido como un niño, tus pasiones á veces se despertaban, pero cuando llegaba tu salvador y le veias tan tranquilo y tan confiado, tan contento de haberte salvado la vida, que á no ser por él, hubieras sucumbido, la gratitud, ese nobilísimo sentimiento quizá por vez primera se despertó en tí, y entre aquellos dos seres tan francos y tan buenos, tú tan audaz, tan osado, te encontrabas dominado por un algo desconocido, te veias muy pequeño, y por vez primera admiraste la virtud y respetaste á una mujer, cuando recobraste la salud, que tardaste más de cuatro meses en ponerte bueno, comprendiste que era necesario volver á tu antigua vida, y al despedirte de tus bienhechores te encontraste satisfecho de tí mismo, por que no habias turbado la paz de aquel matrimonio, por que supiste respetar lo que nunca habias respetado, la hospitalidad; y dado tu desenfreno, aquel acto era verdaderamente meritorio; amaste á la mujer que veló tu sueño, deseaste poseerla; y nunca una palabra importuna vino á turbar su reposo. Cuando traspasaste el umbral de aquel albergue hospitalario, y escuchaste aquellas voces amigas que te dijeron—Adios Señor, acuértese su merced de nosotros, y no olvide nunca que aquí le recibiremos siempre con los brazos abiertos.»

«Aquellas palabras te hicieron llorar como un niño ¡tú! que no habias llorado nunca te sentiste feliz al llorar, te parecía que un peso enorme se quitó de tu corazon, y te prometiste á tí mismo pagar con creces su generosa hospitalidad. Y cosa entonces muy rara en tí,—cumpliste tu promesa.»

«En medio de tu disipada vida, recordabas con ternura á aquellos dos seres tan nobles y tan sencillos, y cuando la suerte te favoreció fuistes á verlos y les entregastes trecientos ducados de oro que para ellos fué una fortuna, y al despedirte de tus salvadores les pediste permiso para volver á morir á su lado.»

«Tú comprendias que te quedaba poco tiempo de vida ¡vivias tan aprisa!... que tras breve plazo volviste una noche y llamaste á la puerta de aquella humilde casa, cuyos moradores, cumpliendo lo que te habian ofrecido, te recibieron como á un hijo que tras larga ausencia viene á reposar al lado de sus padres.»

«Tú querias al morir ser llorado por álguien, y nadie podia llorarte en la tierra más que aquellos dos seres, por que solo por ellos se despertó tu sentimiento.»

«Te recibieron con paternal cariño, para ellos tú eres un niño muy enfermo te trataron como á tal, y al verte morir, ella especialmente te lloró con profundo desconsuelo. Varios pescadores acompañaron tu cadáver hasta su última morada, y durante muchos años tu salvador y su fiel compañera al rezar por sus padres difuntos, rezaban siempre tres padres nuestros por tu eterno descanso: nunca te olvidaron, y hasta sus hijos rezaron por tí.»

«Aquellos dos espíritus humildes y sencillos, son los dos trabajadores que pasan cantando muchas mañanas por delante de tu balcon. Ellos no saben que con su canto te saludan, ignoran por que al llegar cerca de tu morada entonan sus canciones, no te conocen, pero tu espíritu si los ha reconocido; su voz amiga te ha hecho sentir, no

podias precisar como ni cuando los habias conocido, pero comprendias perfectamente que entre ellos y tú habia un lazo misterioso.»

«Ya sabes lo que te une á ellos, te une ¡la gratitud! por ellos diste el primer paso en la senda del bien, no es extraño que su recuerdo te haga sonreir, ¡tienes tan poco bueno que recordarlo!»

«Las dulcísimas sensaciones que has experimentado al escuchar su canto, te harán comprender cuanto gozará el espíritu cuando una de sus existencias sea un ramillete de buenas obras, cuando todos los séres que se encuentre en su camino unos le deban la vida, otros el honor, aquellos su bienestar, los otros su esperanza, cuando haya sido el pacificador de los enemistados, el consuelo de los afligidos, el padre de los huérfanos, el amparo de los débiles, cuando para todos haya tenido una palabra de cariño, una prueba de amistad, cuando haya considerado á la humanidad como á su íntima familia..., ¡qué dias tan hermosos lucirán para ese espíritu! ¡con cuánta satisfaccion cruzará la tierra! ¡todo sonreirá para él! ¡cuán tranquilo verá pasar los dias!... pues mira, esa felicidad es el patrimonio de todos los hijos de Dios; hazte rico en virtudes que hace muchos siglos que eres un mendigo y ya es tiempo que entres en posesion de tus riquezas.»

Es verdad, buen espíritu, ya es hora que comprendamos que la vida es la virtud, es el amor universal, es el estricto cumplimiento del deber, es respetar para ser respetado, es amar para ser amado, es admirar y adorar la Creacion para que los tesoros de la ciencia nos ofrezcan mundos de luz!

Nada se pierde, nada se olvida, nada se evapora, el espíritu encuentra todo cuanto fabrica, nosotros lo sabemos por experiencia, el lenguaje no espresa la sensacion verdaderamente inesplicable que sintió nuestro sér cuando escuchamos el canto de los dos hijos del pueblo, cuyas bondades conmovieron un dia nuestro corazon.

¡Placer purísimo que no habíamos sentido jamás! por sentir tu halago estamos dispuestos á poner en práctica todos nuestros conocimientos, y hacer en bien de la humanidad todos los sacrificios que sean necesarios si con ellos enjugamos una lágrima de dolor.

¡Dichosos aquellos que digan íntimamente: ¡soy feliz! por que como no hay efecto sin causa, los que sonrien en brazos de la dicha es porque merecen la felicidad.

¡Señor! ¡inspíranos! ¡queremos despertar de nuestro penoso sueño! ¡queremos vivir! ¡queremos progresar! ¡queremos la luz de la razon! ¡queremos la luz de la verdad!

¡Queremos ser grandes en virtudes! ¡queremos ser sabios! por que la virtud y la sabiduría nos harán sentir esas emociones inesplicables de las cuales no se puede dar ni una idea aproximada, teniendo que hacer uso de nuestro idioma.

Nunca podremos describir fielmente lo que sentimos al escuchar el canto de dos séres que hace luengos siglos nos hicieron dar el primer paso en la florida senda del progreso.

Queremos sentir sobre nuestra cabeza los eflúvios de esa vida infinita llena de poderosas sensaciones, de inmensos placeres, placeres desconocidos para los que habitamos en los mundos de expiacion, pero que nuestra mente adivina.

Sí; nosotros presentimos otros mundos y otras emociones: hay instantes en la vida que revelan el más allá del infinito; y se ven tan íntimamente enlazados el ayer y el presente, que el más ciego, el más obsecado, tiene que decir—¡qué grande es el porvenir de la humanidad!

¡El hombre debe bendecir á Dios por que le deja tiempo sin tasa para escribir su historia en el album inmenso de los siglos! Y bien mirado, entra en la ley natural el que la escriba. Si no hay efecto sin causa, el hombre debe ser grande, muy grande, por que es efecto de la causa primera, es el hijo de aquél que creó los mundos, del que hace sonreir á la naturaleza.

¡Entrégate al alborozo raza humana! ¡tuyo es el porvenir! ¡tuya es la gloria de un progreso indefinido! ¡tuyos son los días de la eternidad! ¡sonríe gozosa! ¡qué eres la primogénita de Dios!!!

AMALIA DOMINGO Y SOLER.

DOS CONFESIONES

PRIMERA CONFESIÓN.

Una mujer, jóven aún, se arrodilla al pié del confesonario; y despues de pronunciar el *ave maria purisima* rutinario, espera al que el cura la conteste. Este la contempla unos instantes: (*se supone que es cubriéndose los ojos con el pañuelo*) y despues de contestar el *sin pecado concebida*, tose y dá principio á eso que llaman confesión.

—¿Cuánto tiempo hace que no se confiesa V.?

—Padre; yo acostumbro á confesarme todos los meses

—Bueno, hija mia: eso me prueba que sabe cumplir con los deberes de buena cristiana. En el primer mandamiento; ¿ama V. á Dios?

—Sí, señor, pero como hizo al hombre á su imágen y semejanza...

—Comprendo. ¿es V. casada?

—Sí, señor.

—Bien está; ya trataremos ese asunto cuando lleguemos al punto culminante. ¿Acostumbra V. á jurar?

—Tan solo lo hago cuando las cosas no salen á mi gusto.

—Vamos, hija mia: trate V. de enmendarse porque esa es una costumbre muy fea. ¿Santifica V. las fiestas?

—Sí, señor: oigo tres misas y hago un regular esceso en la comida y en la bebida.

—¡Ola. ola! : eso prueba que las santifica V. por completo. ¿Ama V. á su padre y á su madre?

—No los tengo, señor; pero cuando los tenia no solia hacerlo.

—¡Todo sea por Dios! En el quinto no creo tendrá V. de que acusarse?

—Señor; cierto es que no he matado á nadie... pero si hubiera podido hacerlo con el pensamiento... ya hubiesen dejado de existir algunas personas: entre ellas mi suegra.

—Vaya, hija; enmendarse, porque no sigue muy buen camino. ¿De qué se acusa V. en el mandamiento que sigue?

—Soy casada y suelo faltar á... mis...deberes

—¿De qué se acusa V. en el séptimo mandamiento?

—Señor; yo acostumbro á coger todo cuanto encuentro á la mano.

—¿Pero lo hace V. en su casa?

—No, señor; porque por via de precaución lo tengo todo cerrado.

—Vamos, ya veo que no miente el adágio. ¿De que se acusa V. en el octavo mandamiento?

—Señor; he levantado algunas calúmnias, y miento con bastante frecuencia. En cuanto á codiciar los bienes ajenos, ya lo sabe V. por el séptimo.

—Veo que es V. una gran pecadora y parece mentira que se confiese V. todos los meses.

—Pues mire V., padre; siempre traigo los mismos pecados.

—¿Tiene V. bula?

—Sí, señor; tengo dos, y las relevo todos los años: no obstante ayuno la mayor parte de la cuaresma.

—Menos mal si con eso compensa V. los muchos pecados que trae. En penitencia, cinco rosarios, tres misas y volver á confesar dentro de quince dias. Ahora prepárese para recibir la absolucion

La mujer se aparta del confesionario; pronuncia unas cuantas frases en voz baja; deposita un beso en la mano del sacerdote, y se aleja de allí con la sonrisa en los labios.

Aquella sonrisa reflejaba la hipocresía de la mujer beata que ha descargado el peso de su conciencia y piensa cual será el pecado que debe escoger para principiar á llenarla. ¡Desventurada criatura!

SEGUNDA CONFESIÓN.

Una mujer; jóven tambien, en cuyo rostro resplandecía la bondad, llega al sitio que acaba de dejar la otra. Cambia las mismas frases que la anterior, y se entabla el siguiente diálogo.

—¿Cuánto tiempo hace que no se confiesa V.?

—Un año; señor.

—Un año, ¡qué barbaridad!; ¿y tiene V. valor para tardar tanto tiempo en cumplir con un precepto divino? ¿Ama V. á Dios?

—Sí. Señor; y trato de ofenderle lo menos que puedo.

—¿Jura V.?

—Jamás tuve esa fea costumbre.

—¿Santifica V. las fiestas?

—No todas, porque me lo estorban mis muchas ocupaciones. Tengo un niño de tres años enfermo y no asisto á misa por no apartarme de su lado.

—Vaya, vaya; esa no deja de ser una excusa; pues ya podia dejarle encargado á una persona de confianza en tanto que oia misa.

¿Honra V. á su padre y su madre?

—Yo he tenido la desgracia de perderlos; pero quiero y guardo toda clase de consideraciones á los padres de mi esposo.

—¿De que se acusa en el quinto mandamiento?

—Señor; no hago daño á nadie ni aun con el pensamiento, pues creo que de este modo Dios velará por la vida de mis inocentes hijos.

—¿Y en el sexto mandamiento?

—Soy honrada y amo á mi esposo. Con esto creo decir á V. bastante.

—En el séptimo mandamiento, ¿de que se acusa V.?

—De nada, señor; jamás codicié lo bienes ajenos.

—¿Y en el octavo?

—No acostumbro á levantar falsos testimonios ni á mentir. De este modo nada viene á turbar mi sueño, porque tengo tranquila la conciencia. En el noveno y décimo tampoco tengo nada de que acusarme.

—¿Ayuna V.?

—No señor; mi salud es muy delicada y no lo hago por temor de caer enferma; porque entonces no podria cuidar de mis pequeños niños... y si yo les faltase... ¿quién velaría por ellos?

—Vamos; ya voy viendo que V. no trata de violentarse para cumplir con los preceptos que la Santa Madre Iglesia impone. ¡Esto es grave; muy grave! ¿Tiene V. bula?

—No señor.

—¡Cómo! Tampoco tiene V. bula? ¿y piensa V. salvarse de esa manera? ¡Señora! es preciso que V. trate de sacarla inmediatamente!

—Padre; mi esposo me lo ha prohibido, yo no debo hacer nada sin su consentimiento.

—¿Qué es su esposo de V.?

—Un honrado empleado y un buen padre de familia.

—¿No cree en la doctrina de la Iglesia?

—Cree en un Dios poderoso, pero dice no ser ese tan pequeño y mezquino como Vds. le pintan. Su Dios dice es el que rige la naturaleza y á quién él rinde culto en su corazón.

—¿Y V. tambien participa de sus mismas ideas?

—Hay tanta lógica en sus palabras, que me inclino á creer más en ese Dios adornado de todas las perfecciones que en un Dios vengativo é iracundo.

—Basta: no puedo absolver á V., Jesús se profanaría en su boca, (dijo el sacerdote saliendo del confesionario lleno de indignacion.)

— ¡Padre, por el cielo! — exclamó la jóven desolada — no me deje V. así.

El sacerdote, sin hacer caso de sus frases penetró en la sacristia.

La jóven se alejó de aquel sitio con las lágrimas en los ojos.

Aquellas lágrimas eran el rocío del cielo y fortalecieron su espíritu. Llegó á su casa, y sus hijos echándola sus bracitos al cuello, depositaron un beso en sus labios.

Entonces aquella madre cariñosa exclamó: «Dios no me abandona, puesto que llega hasta mí en un beso de estos ángeles.»

¡Feliz criatura!

LEONOR RUIZ DE CARABANTES.

INFLUENCIA DE LA EDUCACION.

Ternura, poesía, sentimiento,
Amor, bondad, pudor, delicadeza
En la idea que abraza el pensamiento,
Todo en sí tiene la mujer que empieza
A beber de la vida el dulce aliento.

Es como el ave cuando deja el nido
Que sube, y vuela, y se remonta al cielo;
Es un eco de amor no comprendido
Que pide y á la vez presta consuelo,
Angel entre los seres confundido.

Sus blancas alas el pudor sostiene,
Innato sentimiento de pureza
Que cuando al mundo en su inocencia viene,
Unido á su especial naturaleza
Con ella guarda y en el alma tiene.

Sobre su frente espléndida y hermosa
Se agita sin cesar el torbellino
Del pensamiento, estrella luminosa,
Donde luce su numen peregrino
Irradiacion de idea prodigiosa.

Se asocia á las del hombre si son buenas,
Prueba evidente de que el bien comprende,
Y en sus horas tranquilas y serenas,
Con el profundo pensador entiende
Que siempre odiosas fueron las cadenas.

Apta para el saber busca la idea
Y la funde en amor y sentimiento;
Y canta, y poetiza, y siente, y crea,
Y suerje de su mente el pensamiento
Más vehemente cuanto más desea.

Temperamento dulce y delicado,
Naturaleza débil y alma fuerte,
Corazón por demás apasionado,
Digno sér de vivir hasta en la muerte
Entre esta Humanidad que la ha formado.

¿Por qué si es ángel y del mundo encanto
Las alas rotas por el suelo mira?
¿Por qué perdió el pudor que adoró tanto?
¿Por qué angustiada y si cesar suspira
Devorando en silencio triste llanto?

¿Por qué oprimiendo al corazón se apena
Sin dejar dilatarse al sentimiento?
¿Por qué sus días entre amarga pena
Sufren la soledad y el aislamiento
A que el mundo implacable la condena?

La falsa educación llevó al abismo
Su viva y exaltada fantasía,
La sociedad con todo su egoísmo
La enseñó la mentida hipocresía
Dándola por virtud el fanatismo.

Vendió su corazón al más tirano,
Si con oro pagaba sus amores:
Que muchas veces con su orgullo vano
Un padre sin conciencia, en sus rigores,
Infame comerciaba con su mano.

No es la mujer figura que enamora,
Artística hermosura que sorprende;
Es un alma que siente, y canta y llora,
Ángel de luz que en lo infinito prende
Sus alas de pureza encantadora.

No es ella la que pierde esa pureza
Con voluntad y fuerza decidida,
Que en las leyes que da naturaleza,
En el curso difícil de su vida,
Con la inocencia y el candor empieza.

Porque es primero amor y sentimiento,
Después noción de su misión divina,
Más tarde reflexión y entendimiento,
Y por fin la razón clara ilumina,
Todo el mundo del rico pensamiento

Hora es ya de que luzca hermoso día
Para la triste que entre sombras mora;
No más superstición ni tiranía,
Que la sierva se eleve hasta señora
Formando con el hombre la armonía.

Y ella será la plácida ternura,
El, la fuerza robusta é invencible,
Ella, la poesía y la hermosura,
El, la razón severa é inflexible
Y ambos la paz, la dicha y la ventura.

Ella, la caridad pura y hermosa
El, el valor enérgico y severo,
Ella, el arte y su gracia prodigiosa,
El, la ciencia profunda, campo ameno,
Donde el Progreso con amor reposa.

Será ella el sentimiento y él la idea,
Derramando en sus almas á porfía
Cuanto de grande el pensamiento crea:
La plenitud del ser que se extasia
Cuando dice á la luz: bendita sea.

Y así será; si hija, siempre pura;
Si esposa, casta y del hogar la diosa,
Si madre, tierna do el amor fulgura,
Si mujer, para todos cariñosa:
Divina creación en la natura.

Pura como su espíritu increado,
Sábía por intuición y sentimiento,
Dios su hora en el tiempo ha señalado
Y da á la Humanidad su complemento
Confundiendo las sombras del pasado.

Entonces con su amor regenerada,
La sociedad que la educó en el vicio
La verá por el bien transfigurada,
Envidiando del hombre el recto juicio
Por él sólo, por él emancipada.

LUISA CERVERA.